



UN RETO PARA EL FUTURO INMEDIATO

**POR EL EXCMO. Y REVMO. MONS. ALVARO DEL PORTILLO,
GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA**

Con preparativos profundos, de concordia y piedad, España era tierra mullida para la siembra. Iba el Papa, el Vicario de Cristo, a confirmar la enseñanza de nuestros obispos y la herencia de nuestros santos: le esperaban todos como testigo de esperanza teológica y sembrador de fe, y se anunciaba fértil cosecha.

Juan Pablo II, desde el primer momento en que pisó la tierra hispana, reiteró con frecuencia paterna cuánto deseaba este viaje. Le atraían tantos frutos de fidelidad a la Iglesia surgidos en España: esta afirmación, venida de labios de Pedro, es elogio de Cristo a la evidente herencia apostólica y mariana que tenemos en nuestras manos. Hace veinte siglos, los cristianos procuraban que les tocara la sombra de Pedro (cf. Hech 5,15); ahora, las muchedumbres han acudido al Vicario de Cristo como los hijos de la primera hora de la Iglesia.

No ha sido una simple visita, lo digo firmemente convencido: ha sido un encuentro del mismo Cristo con sus hermanos. Con el Sucesor de Pedro ha llegado todo el fuego de Pentecostés que fortaleció al colegio apostólico y que transformó a Saulo. Por su carisma y ministerio de Pastor universal, el Pontífice Romano preside en la caridad; por eso, como Cristo, exige y examina en el Amor, suscita caridad. Me da alegría pensar que ha encontrado justo pago de afecto vigoroso, entusiasmado, fruto del mismo ímpetu del Espíritu Santo. Pienso que el corazón del Papa se ha ensanchado y, con el corazón de Pedro, el de todos. ¡Cuántas puertas habrá abierto a la gracia del perdón de Cristo!

El Romano Pontífice, fundamento visible de la unidad de obispos y fieles, ha atraído multitudes en torno a sus pastores, y ha bañado las almas en luz. Así ha ejercitado su misión episcopal: edificando la Iglesia, arrastrando hacia la santidad con afecto de padre y solicitud de pastor. El *dulce Cristo en la tierra* proclamó su mensaje evangélico —Palabra de Dios— en templos, claustros y plazas; ante el dolor y la vejez, entre las familias y los jóvenes, en el mundo del trabajo y la fecundidad del sacerdocio; ante Jesús Sacramentado y a los pies de la Madre de Dios.

Con alma sacerdotal ha hablado de la Eucaristía, misterio de fe y de amor invicto, sacrificio que configura la existencia de los sacerdotes y consuma su misión sagrada, centro de la vida y la renovación de la Igle-

sia. Se ha visto muy de cerca que la oración personal y la amistad apasionada con Cristo vivo es el evidente secreto de Juan Pablo II: ahí se fundamenta y se enraíza su labor de Padre, de Maestro, de Médico. Acercándose en confianza a todos, a cada uno, ha diagnosticado que la raíz del egoísmo falsifica la verdad y el amor; ha llamado a la conversión, a destruir el pecado con el amor, a rezar, a recibir los sacramentos y a practicar virtudes auténticas.

El Papa nos ha hecho ahondar en nuestra identidad cristiana de hijos de Dios, invitándonos a responder con fidelidad, con madurez, cada uno de acuerdo con la propia vocación. De ahí el horizonte universal que nos ha trazado: transformar la sociedad con el fermento evangélico, transmitir la doctrina católica —atentos a la voz de la Jerarquía— en la familia, en la escuela, en la ciencia sagrada. Nos ha llamado, con urgencia operativa, porque tres de cada cuatro hombres ignoran aún a Cristo en la tierra, y nos ha insistido en que el mal debe ser vencido con sobreabundancia de bienes, porque el mensaje cristiano debe impregnar cuanto antes el quehacer cotidiano del trabajo, la familia, la información, las leyes, la cultura.

Juan Pablo II ha besado nuestro suelo, ha dado un abrazo de padre a la Iglesia en España, ha caldeado los corazones. Las conciencias han quedado fortalecidas en la certeza. Cuando el Papa exigía, con el rigor atrayente de las bienaventuranzas, respondía el buen pueblo de España con los aplausos, con los cantos; también la danza multiplicaba las plegarias. En el Papa se aclamaba a Cristo: y hemos vuelto a comprobar, como en tiempos evangélicos, que si los hombres hubieran enmudecido, habrían aclamado las sierras y las vegas, los monumentos y las estructuras de los estadios: porque pasa *el dulce Cristo en la tierra*.

La estancia del Santo Padre en España ha sido un reto para el futuro inmediato: nos ha recordado que la Iglesia es Madre que debe ser amada de verdad.